

12 relatos de  
**la Ilíada y la Odisea**

Homero  
adaptado por  
Michel Laporte



Título original:

*12 récits de l'Illiade et l'Odyssee*

Textos:

*Michel Laporte*

Ilustraciones:

Frédéric Sochard

© De los textos y las ilustraciones

2005, Éditions Flammarion

87, quai, Panhard et Levassor

75647 Paris cedex 13

Traducción:

Ana Rivas Nussbaum

© De esta edición

Editorial Editex, S.A.

Vía Dos Castillas, 33. C.E. Ática 7, edificio 3, planta 3ª, oficina B

28224 Pozuelo de Alarcón (Madrid)

ISBN: 978-84-9771-239-2

Depósito Legal: M-18298-20010

Imprime:

Orymu

Ruiz de Alda 1 y 3. Pol. Ind. de la Estación

28320 Pinto (Madrid)

Impreso en España – Printed in Spain

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad, ni parte de este libro, pueden reproducirse o transmitirse o archivarlos por ningún procedimiento mecánico, informático o electrónico, incluyendo fotocopia, grabación o cualquier sistema de almacenamiento de información sin permiso escrito de Editorial Editex, S.A.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

# Índice

|   |     |
|---|-----|
| Prólogo                                     | 5   |
| La <i>Ilíada</i>                            |     |
| 1. La cólera de Aquiles                     | 9   |
| 2. La muerte de Patroclo                    | 19  |
| 3. La venganza de Aquiles                   | 31  |
| 4. Los funerales de Patroclo                | 49  |
| 5. Las lágrimas de un viejo rey             | 65  |
| La <i>Odisea</i>                            |     |
| 6. En la morada de Polifemo, el cíclope     | 77  |
| 7. De la morada de Eolo a la de Circe       | 87  |
| 8. En los infiernos                         | 97  |
| 9. Las sirenas Caribdis y Escila            | 105 |
| 10. En balsa lejos de Calipso               | 113 |
| 11. En la morada de Nausícaa                | 121 |
| 12. El regreso de Ulises a Ítaca            | 133 |
| Glosario de personajes, dioses<br>y lugares | 157 |



# Prólogo

*En la Grecia y la Roma de la Antigüedad, la Ilíada y la Odisea fueron lo que hoy llamaríamos éxitos de ventas. Se trata de dos largos relatos en verso que posteriormente se han leído, admirado, traducido e imitado en casi todos los idiomas.*

*Según la tradición, llamamos a su autor Homero. Sin embargo, sabemos poco sobre él. Más o menos la época en que vivió: a mediados del siglo VIII a. C. Y el lugar, también: una ciudad costera de la actual Turquía. Además, una antigua tradición mantiene que era ciego.*

*Lo que sucede es que los especialistas afirman que hay tantas diferencias entre la Ilíada y la Odisea que lo más seguro es que no sean del mismo autor. Pero añaden que, si eran dos, debían pertenecer a la misma familia, lo que explicaría el hecho de que se atribuyan a la misma persona.*

*Lo que sí es seguro es que Homero no fue el primero en relatar el sitio de Troya, los acontecimientos consiguientes y las aventuras de Aquiles, Agamenón, Héctor y Ulises. Antes de que él se pusiera a escribir, estas historias se llevaban contando una y otra vez, probablemente, desde hacía siglos.*

*Resulta muy fácil entender por qué. En aquella época no había muchas distracciones. Estaban los músicos, los cuentistas y también unos artistas que combinaban ambos talentos. Su oficio era algo así como el de los trovadores y los troveros de la Edad Media: acudían a las casas de los ricos y poderosos a recitar o cantar poemas. Se les denominaba aedos. Los poemas que tenían más éxito eran los de acción, los que contaban peleas, combates, aventuras...*

*Homero también era un aedo<sup>1</sup>. Recopiló los elementos relativos a Troya y a Ulises, los organizó a su manera y los puso por escrito. Y como estaba dotado de gran genio, realizó dos obras maestras que se han seguido leyendo tras su muerte.*

*Hay que decir que lo que relata es apasionante porque siempre sucede alguna cosa. Y también porque vemos cómo vivían los seres humanos de hace más de tres mil años, y que son malvados, ruines, generosos, duros, sensibles, frágiles, fuertes. Asombrosamente iguales a nosotros, en realidad.*

*Al final del libro se presenta un pequeño Glosario de personajes, dioses y lugares que ofrece un poco más de información sobre los principales actores y escenarios de estos relatos.*

---

<sup>1</sup> Poeta y cantor épico de la antigua Grecia, que solía acompañarse de un instrumento de cuerda.

# La *Iliada*

Si la *Iliada* se hubiera escrito en nuestros días, sin duda se denominaría «La Troyada», pues aunque nosotros llamamos Troya a la ciudad de Príamo, pero en el mundo griego recibía casi siempre el nombre de Ilión. Y de aquí se deriva el título, la *Iliada* que, debemos admitir, suena muchísimo mejor.

El texto original incluye una enorme cantidad de relatos de combates. Lo malo es que todos se parecen. La masacre que comete Patroclo, sus enfrentamientos cara a cara con Sarpedón y luego con Héctor se repiten, exactamente iguales, con todos los héroes, o casi. En realidad, como el aedo recitaba solamente un canto o dos en una sesión, debía incluir una dosis suficiente de peleas para entusiasmar a su auditorio.

Para evitar la monotonía, encontraremos pocos combates en los cinco relatos siguientes. En cambio, descubriremos muchos elementos sobre la vida cotidiana de los griegos de la época homérica, sus ritos funerarios, su visión del mundo, su relación con lo sagrado. Es este aspecto concreto lo que hace que la obra de Homero siga siendo terriblemente apasionante...





# 1

## La cólera de Aquiles



*Hace ya diez años que los guerreros griegos desembarcaron en las costas de Troya. Sacaron sus barcos a la playa, construyeron barracas, cavaron un foso de protección, elevaron una muralla de tierra. Y comenzaron el sitio, entrecortando a ratos por expediciones de pillaje a las regiones vecinas. Un sitio que no termina, porque troya resiste.*

*Pero ¿cómo ha empezado esta guerra interminable?*

*Pues con un concurso de belleza de Atenas, Hera y Afrodita. Como juez eligieron a Paris Alejandro, el príncipe troyano, quien entrego la manzana de la victoria a Afrodita. Hay que decir que la diosa del amor le había prometido una recompensa espléndida: el amor de la mujer más bella del mundo, Helena.*

*El problema es que esta misma Helena estaba casada con Menelao, rey de Esparta, que se tomó muy mal la huida de su esposa con Paris. A instancias suyas todos los griegos se aliaron para ir a recuperarla.*

*Lo que sucede es que en el momento en que comienza la Iliada, el entusiasmo del principio ha quedado atrás. Incluso es posible que las relaciones entre los caudillos asediadores no estén en su mejor momento...*

**E**n el campamento griego, junto a los navíos, un anciano se deshace en lágrimas implorando clemencia a los jefes griegos con insistencia.

Es Crises, el sacerdote de Apolo. Ha venido a recuperar a su única hija, Criseida, a quien los griegos se han llevado cautiva. Trae consigo un enorme rescate y suplica a los aqueos diciéndoles estas palabras:

—¡Que los grandes dioses del Olimpo os permitan tomar Troya y luego regresar felizmente a vuestros hogares! ¡Y que vosotros, por consideración hacia Apolo, liberéis a mi amada hija a cambio de este rescate!

Al oírlo, todos los griegos están dispuestos a ceder a su petición, aceptar el rescate y entregarle a la joven. Pero esta solución disgusta a Agamenón. A él le ha tocado Criseida por sorteo al repartir el botín. Así pues, se dirige con violencia a Crises:

—¡Que no te vuelva a ver arrastrándote junto a los barcos! —le espeta con acritud—. ¡No pienso liberar a tu hija! Me la llevaré a Argos y se hará vieja en mi casa. ¡Vete de aquí si quieres seguir sano!

Asustado, el anciano se apresura a obedecer: se marcha tristemente a su barco a lo largo de la orilla, donde rompen las olas. Pero tan pronto como se ha alejado del rey griego, invoca al dios al que sirve:

—¡Escúchame, Apolo! Si estás contento en el templo que te he construido, si amas las piernas de toros y cabras que hago quemar para ti, otórgame este deseo: ¡haz que los griegos paguen mis lágrimas con tus flechas!

Apolo escucha su plegaria. Encolerizado, desciende del Olimpo, con el arco al hombro y el carcaj bien lleno. Se apostea no lejos de las naves, dispara una primera flecha que surge silbando. Alcanza a los mulos y los perros. Pero la segunda flecha golpea a los hombres directamente. Y pronto hay que encender gran cantidad de hogueras para quemar a todas las víctimas de la cólera del dios.

Durante nueve días sus saetas llueven sobre el ejército; los guerreros enferman y mueren unos tras otros. Al llegar el décimo día, Aquiles reúne a las tropas y sus jefes, y les dice:

—Temo que vayamos a tener que marcharnos a casa, al menos aquellos de nosotros que escapen a la muerte, porque la peste está reduciendo demasiado nuestro número para poder continuar el asedio. A no ser que Calcante, el adivino, nos diga por qué está Apolo irritado de este modo.

Al haber sido interpelado, Calcante se levanta y declara:

—Aquiles, me pides que explique la cólera de Apolo. Así pues, hablaré. Pero júrame que me protegerás después. Porque voy a irritar al hombre que manda a los aqueos.

—Estate tranquilo —replica Aquiles—, y dinos sin temor lo que sabes de las voluntades divinas.

Entonces Calcante, aunque tranquilizado solo a medias, declara:

—Si Apolo os está infligiendo estos sufrimientos, es por la ofensa que Agamenón ha hecho a su sacerdote. No alejará esta terrible calamidad del campamento hasta que la joven Criseida haya sido devuelta a su padre, sin condiciones ni rescate.

Tras hablar así, Calcante se vuelve a sentar. Y al momento Agamenón se pone en pie, lleno de ira. Primero arremete contra Calcante.

—¡Pájaro de mal agüero, jamás te he oído anunciar lo que mi corazón anhelaba escuchar! ¡Antes al contrario, te encanta predecir un mal tras otro! ¡Y hoy, encima, proclamas que Apolo está golpeando a los griegos por mi culpa!

La asamblea escucha en silencio. Nadie se atreve a tomar partido abiertamente a favor de Calcante, pero algunos murmullos dejan claro que muchos están con él. Ahora bien, Agamenón, con su potente voz, sigue dirigiéndose a los griegos:

—Que lo sepáis todos, me gustaría muchísimo quedarme con Criseida. Pero si ello aplacará al dios, consiento en devolverla. Ahora bien, deberéis entregarme una compensación, porque no quiero ser el único que se quede sin botín.

Aquiles le responde al instante:

—¿Cómo hacer para indemnizarte? Las riquezas que hemos pillado en las ciudades se han repartido. Deja marchar a la chica. Te lo compensaremos por triplicado o cuadruplicado cuando saqueemos Troya.

Pero Agamenón no quiere saber nada.

—¡No intentes convencerme con buenas palabras! ¿Querrías que me quede sin botín mientras que tú conservas el tuyo? ¡De ninguna manera! Si no se me entrega una compensación de igual valor, iré a por tu propia parte o la de Ayante o de Ulises. Pero antes siquiera de considerarlo, he aquí lo que propongo: echemos un navío al mar, reunamos a los remeros y embarquemos a Criseida, para que se marche lo antes posible a casa de su padre. Así, Apolo estará satisfecho y dejará de golpearnos.

Pero Aquiles no está convencido. Mirándolo de reojo, continúa:

—¡Ah! ¿Cómo obedecer tus órdenes cuando sabemos que lo único que buscas es el beneficio? Si he venido a combatir, no es por los troyanos que jamás me han hecho nada malo, sino para seguirte, ¡cara de perro! ¡Pero esto se te olvida y amenazas con quitarme mi parte del botín! Así pues, me voy a mi patria con mis hombres, ¡porque no tengo intención de quedarme aquí para enriquecerte!

—¡Huye si tu corazón te empuja! No seré yo quien te retenga. De todos los reyes griegos, ¡tú eres el que más detesto porque siempre estás buscando pelea! ¡Así que vete a tu casa con tus barcos y tus compañeros! Pero antes, esto es lo que voy a hacer: voy a penetrar personalmente en tu tienda y me llevaré a Briseida, la cautiva que has recibido como parte del botín. ¡Así, sabrás hasta qué punto soy superior a ti!

De golpe, la cólera se apodera de Aquiles. Duda. ¿Se va a contener y calmar su exasperación, o se dejará llevar y desenvainará su espada para abatir al atrida<sup>2</sup>?

Ya está sacando la espada de su vaina cuando Atenea llega desde el cielo. Visible solo para él, le tira del cabello. Sorprendido, Aquiles se da la vuelta y, al reconocer a la diosa, le dice:

—¿A qué has venido? ¿Es para constatar la insolencia de Agamenón? ¡Pues déjame que te diga que su arrogancia le puede costar la vida sin más espera!

—¡Calma tu furor, Aquiles! —le responde la diosa—. Hera me ha enviado a vosotros porque os ama tanto a uno como al otro. No desenvaines la espada. Conténtate con ultrajar a Agamenón con palabras. Un día recibirás de él presentes para compensarte tres veces por la afrenta que te ha hecho. Entretanto, ¡contente!

---

<sup>2</sup> Denominación que se aplica a los dos hijos del rey Atreo, es decir, Agamenón y Menelao.

—Si Hera y tú estáis de acuerdo en prohibir mi cólera, me someto —responde Aquiles volviendo a meter la espada en su vaina, porque quien obedece a los dioses recibe de ellos satisfacción.

Contenta de haber conseguido su misión, Atenea no espera más para volver a subir al Olimpo. Girándose de nuevo hacia Agamenón, Aquiles le espeta:

—¡Odre de vino! ¡Tienes la valentía de una cierva! ¡Porque es más fácil despojar a tus aliados que conquistar los trofeos en combate! Pero te lo aviso, ¡próximo está el día en que lamentarás cruelmente haber expoliado al más valiente de los aqueos!

Dicho lo cual, Aquiles se sienta y le da la espalda. Por su parte, Agamenón insiste tanto en su irritación como en sus intenciones. Entonces, Néstor, el más anciano de los reyes griegos, y el más sensato, toma la palabra:

—¡Ah! ¡Príamo, el rey de Troya, estaría contento, y también sus hijos, si os viera pelearos como cachorrillos! ¡Dejad ya esta disputa ridícula! Tú, Agamenón, no le quites a la joven. Y tú, Aquiles, no busques querella contra el atrida, que es más poderoso, ya que tiene más súbditos.

Al momento, Agamenón retoma la palabra y dice:

—Tienes razón, Néstor. Lo que dices es pura sensatez. Pero este hombre quiere situarse por encima de todos nosotros. ¡Y yo no pienso ceder ante él!

Aquiles, entonces, le interrumpe:

—No me voy a pelear por esta joven, ni contra ti ni contra nadie. Pero no me arrebatarás ningún otro bien de los que poseo. Y con que solo pienses en intentarlo, tu sangre brotará alrededor de mi lanza.

Tras lo cual los dos héroes se levantan y vuelven a sus tiendas, mientras la asamblea se dispersa. Sin perder

momento, Agamenón da orden de echar al mar un barco, como ha dicho. Elige a veinte remeros y hace subir a Criseida a bordo. Ulises es quien se embarca en calidad de patrón. Y pronto el navío se aleja por líquidos caminos. Apenas se pierde de vista, Agamenón pide a dos de sus servidores:

—Id a la tienda de Aquiles. Tomad a Briseida de la mano y traédmela. Si Aquiles se niega a entregarla, iré yo mismo a tomarla con mis soldados, y lo lamentaré.

A regañadientes, los servidores le obedecen. Bordean la playa y llegan al campamento de los mirmidones<sup>3</sup>. Encuentran a Aquiles sentado junto a su tienda. Cuando los ve llegar, la desaprobación se lee en su rostro. Por su parte, no las tienen todas consigo. Se detienen a una respetuosa distancia y, con los brazos caídos, esperan a que Aquiles haga o diga algo. Pero él no se mueve, no dice nada. Al cabo de largo rato, uno de los dos se arriesga:

—¡Saludos, Aquiles, que eres igual que un dios! Nuestro amo, Agamenón, nos envía.

Levantando la cabeza, los mira y comprende lo que han venido a hacer.

—¡Saludos! —les responde—. Acercaos sin temor. Porque no es a vosotros a quienes considero culpables, sino a vuestro amo.

Volviéndose hacia Patroclo, lo llama con un gesto y lo envía al interior de la tienda a buscar a Briseida. Patroclo lo obedece con prisa. Hace salir a Briseida, la de hermosas mejillas, y la entrega a los dos enviados para que se la lleven.

Los dos mensajeros regresan con Agamenón bordeando las naves. Muy a su pesar, la joven cautiva los sigue. Aquiles, llorando, se aleja de sus compañeros y va a sentarse sobre la

---

<sup>3</sup> Mirmidones: pueblo de Tesalia sobre el que reina Aquiles.

arena de la playa. Con los ojos vueltos hacia alta mar, llama e implora a Tetis, su querida madre.

—¡Madre! —exclama—, puesto que nací para tener una vida muy corta, ¡Zeus podría concederme un poco de gloria a cambio! Sin embargo, hoy mismo Agamenón ha escarnecido mi honor robándome la joven cautiva que los griegos me habían entregado como mi parte del botín.

Desde el fondo del mar, donde está sentada junto a su anciano padre, el Océano, su madre lo escucha. Surge del agua espumosa y como una ligera nube viene a sentarse junto a Aquiles.

—Hijo mío —le pregunta—, ¿por qué lloras?

—¿Para qué contarte lo que ya sabes? —responde Aquiles sollozando—. Me acaban de arrebatarse a la joven Briseida que me habían entregado los aqueos. Si puedes, presta asistencia a tu hijo. Ve al Olimpo a implorarle a Zeus. Pídele que apoye a los troyanos. ¡Que empujen a los griegos y los hagan retroceder hasta el borde del mar! ¡Así, Agamenón comprenderá su estupidez!

—¡Ay! hijo mío, ¡te traje al mundo y te he criado para que sufras! Más te valdría marcharte enseguida de estas costas. No obstante, puesto que me lo pides, acudiré al Olimpo para exponerle a Zeus tu ruego.

Durante este tiempo, el barco que lleva a Criseida hasta su padre ha alcanzado su destino. El viejo sacerdote, feliz de ver de nuevo a su adorada hija, eleva a Apolo una nueva plegaria.

—También esta vez, le pide, concédeme tu favor. Desde este momento, aleja de los griegos la calamidad que les has enviado.

Apolo escucha su petición y se apresura a satisfacerla. En el campamento, los hombres dejan de morir y el humo negro de las hogueras ya no oscurece el cielo por encima de los navíos.



Por su parte, Tetis mantiene su promesa sin más dilación. Ascende a las alturas del Olimpo, donde encuentra a Zeus sentado apartado de las demás divinidades, en la cumbre más alta. Se arrodilla ante él, tomándolo por las rodillas, y dice:

—Zeus, Padre, concédeme este deseo. Permite que los troyanos ganen en el combate hasta que Agamenón reconozca su falta y repare el agravio que ha hecho a mi hijo.

Zeus permanece en silencio largo rato, antes de responder:

—¡Ah! Temo meterme en graves apuros, porque Hera apoya a los griegos y me voy a ganar una enemiga. Ya busca pelea conmigo sin cesar pretextando sin razón que apoyo a los troyanos. Retírate antes de que te vea. Reflexionaré sobre la manera de poder satisfacer tu ruego.

Entonces Tetis, desde lo alto del Olimpo resplandeciente, se zambulle de nuevo en las profundidades del mar mientras Zeus vuelve a su morada y se sienta en su trono. Pero por su aspecto, Hera adivina que algo sucede.

—¿Qué divinidad ha venido una vez más a conspirar contigo? Continuamente me mantienes alejada de tus proyectos y decides asuntos que quieres mantener en secreto.

El padre de los hombres y los dioses le responde:

—No quieras saberlo todo sobre mis proyectos. Si hay alguno que te ataña, ningún dios lo conocerá antes que tú. Pero te ruego que no intentes saber aquellos que hago sin consultar a los dioses.

—¿Qué estás diciendo? Mucho me temo que Tetis te haya convencido y que le hayas prometido favorecer a Aquiles en detrimento de los aqueos.

Zeus le responde:

—¡No puedo ocultarte nada! Pero si he prometido hacer lo que dices, es porque ello me place. Así pues, te aconsejo que no te interpongas en mis decisiones.

Muy enfadada, Hera se apresta a replicar cuando Hefesto la hace callar, diciendo:

—Madre, no peleéis tú y Padre por simples mortales. Tened en cuenta que no valen la pena y tratad, en cambio, de poneros de acuerdo.

Entonces, Hera sonrío y asiente con la cabeza indicando que dejará a Zeus hacer lo que pretende. Al momento, Hefesto escancia el dulce néctar a todos los dioses. Pronto son presa de una risa incontenible al verlo correr, sin aliento, del uno al otro.

La fiesta continúa durante el resto del día, en el Olimpo. No les falta el apetito, ni la música de la cítara que sostiene Apolo, ni el canto de las Musas. Luego, cuando la luz del sol declina, los dioses, deseosos de dormir, se retiran a sus respectivas moradas. Entonces, Zeus se dirige a su lecho y se encarama a él, con Hera, la de los grandes ojos de novilla, a su lado.